



CONCIERTOS MESES

PRINCIPIO DE CRONICA

PODRÁN achacársenos cuantos atavismos sociales se quiera; podrán señalársenos determinados y visibles defectos como pueblo y como raza; pero no se nos podrá negar una virtud suprema: nuestra intuición musical, nuestra asimilación musical, nuestra espiritualidad musical, nuestras facultades musicales.

No parece sino que en nuestros aztecas ancestrales y en nuestros abuelos castellanos que secundaban á Cortés, había grandes músicos. Parecemos, más que descendientes de aquellas razas crueles, hijos de una legión de Lombardos, nietos de los hombres rubios de entre los cuales surgió, como dijo D'Annunzio, «el gran bárbaro» Ricardo Wagner, nativos de Polonia. Un etnólogo buscaría en nuestra vida retrospectiva nuestra interesante raíz musical. Interesante. Bien dicho. Más todavía que interesante: profunda. La prueba de que esa raíz misteriosa existe ó debe de existir, la justificación de nuestra prosapia musical, está en este hecho comprobado por la comparación: Somos el pueblo más músico de América. Tenemos más compositores *nacionales* y más corporaciones musicales que cualquier otro país. Las producciones de nuestros músicos, tanto en lo que se refiere á Ricardo Castro, el alto, como en lo que se refiere á Juventino Rosas, el popular, han triunfado en el mundo entero. En veinte años sólo hubo dos valses mundiales, de poderosa fuerza de popularización; el uno mexicano, «Sobre las olas», y el otro austriaco, «La Viuda Alegre».

¿Verdad que el dato es curioso, es exacto y es enaltecedor para la música mexicana?

Por lo que hace á los sinfonistas, á los altos compositores, tal vez no haya en todos los países de habla castellana más que uno: el mexicano Julián Carrillo.

Y si, continuando este orden, pasamos al examen de orquestas y bandas, también nos corresponde un rango de primer orden. Los que nos hemos ocupado en observar estas cosas en Europa lo sabemos bien. La orquesta del maestro Arbós, de Madrid, no es superior á nuestra orquesta del Conservatorio. La banda municipal de Madrid, que cobra por dejarse oír en «El Retiro,» no es tampoco superior á nuestra banda de Policía, y las músicas militares de toda Europa, si se exceptúa á la de granaderos, de Londres, y la Guardia Republicana, de París, no superan en nada á nuestras corporaciones similares.

Si es en América, no hay ninguna corporación que sea *nacional*, genuinamente *nacional*, que pueda ponerse en parangón con la orquesta donde ha encarnado, fragmentándose, el alma del maestro Meneses.

En Nueva York, Boston y Buenos Aires, hay buenas orquestas, pero son integradas por elementos extranjeros y disímbolos. No así la nuestra: la nuestra es el alma de la raza, dirigida por la flor de la raza: la batuta del maestro Meneses. Hay uno ó dos «intrusos» en la Orquesta del Conservatorio Nacional: José Rocabrana y Esmeralda Cervantes (y